

AL QUE LE VENGA EL SAYO QUE SE LO PONGA, UN SAINETE
INÉDITO DE LUIS AMBROSIO MORANTE (1827)*

BELÉN LANDINI
Universidad de Buenos Aires

CUANDO HABLAMOS de «orígenes» del teatro argentino, nos referimos a los períodos colonial y post-colonial, según periodización basada en Tulio Halperín Donghi [1985]. El *período colonial* comprende del «descubrimiento» de América y primeros pasos de la colonización al año 1810, la Revolución de Mayo y la instauración de la Primera Junta de Gobierno en Buenos Aires. El *período post-colonial* (entre los años 1810 y 1830, aproximadamente), es a la vez posterior y consecuencia del *colonial*, y sirve de contexto al sainete del que nos ocupamos.

En el período post-colonial, los procesos afianzados a partir de Mayo de 1810 generan cambios en la temática de la incipiente dramaturgia porteña. Las ideas iluministas comienzan a hacerse presentes en las creaciones de nuestros autores más destacados, en tensión con los imaginarios de la pasada hegemonía española que, provenientes del período colonial, insisten en perpetrarse entre 1810 y 1830.

Halperín Donghi sostiene respecto de este período: «La lucha por la independencia sería (...) la lucha por un nuevo pacto colonial» [1985: 74-75], refiriéndose al cambio económico que se producirá después de la revolución en la relación entre América y el continente europeo. Por otro lado, en lo que respecta al cambio ideológico-político, la ilustración que guía las ideas revolucionarias no se basa, según Halperín Donghi, en la impugnación de la monarquía, sino en su fidelidad; a pesar de sus debilidades, esta institución era la fuerza más poderosa aún en toda la colonia. La crítica de la economía o de la sociedad coloniales no implicaba una disolución del orden monárquico ni una ruptura total con el pasado.

* Recibido: 11/marzo/2011. Aceptado: 5/abril/2011.

Es así que, en el marco de esta continuidad con transformaciones, se presentan en el teatro de Buenos Aires piezas innovadoras, como *El 25 de mayo*, melodrama de Luis Ambrosio Morante. La creatividad porteña da los primeros pasos sistemáticos para «independizarse» del teatro español. Las nuevas temáticas implican cambios morfológicos en el teatro local. El sainete, de origen español, no se mantendrá al margen de estas innovaciones.

Luis Ambrosio Morante (1780-1836) fue un actor y dramaturgo montevideano de gran relevancia en el período postcolonial. Participó en los coliseos de Montevideo, Buenos Aires y Santiago de Chile con reconocimiento en variados roles teatrales según las crónicas de la época. A sus piezas más conocidas – se cuentan *El 25 de mayo* (1812), *Siripo y Yara* (1813) y *Tupac Amaru* (1821)– puede sumarse el sainete *Al que le venga el sayo que se lo ponga*, que hemos consultado en el Archivo General de la Nación (AGN, BN, 7857), y del que sólo encontramos mención en Teodoro Klein [1994: 28-29]. La presente edición es la primera de la que tengamos noticia.

Comprometido con la realidad revolucionaria de su tiempo, Morante expresaba, tanto en su dramaturgia como en su actuación, su inclinación volteriana y antirreligiosa, así como sus opiniones respecto de las coordenadas históricas que atravesaba el Río de la Plata. *El 25 de mayo* fue representada por primera vez el 24 de mayo de 1812 en conmemoración del segundo aniversario de la revolución que inició el proceso independentista del territorio argentino. Siguiendo esta línea, el sainete *Al que le venga el sayo que se lo ponga* tiene su eje contextual en la guerra entre nuestro territorio y los portugueses, y en el bloqueo que estos últimos impusieron al puerto de Buenos Aires. Desde los comienzos de la creación del Virreinato del Río de la Plata, los portugueses luchaban por la incorporación de las tierras que actualmente corresponden a la República de Uruguay. El gobierno de las Provincias Unidas logró recuperar el territorio oriental, pero los portugueses bloquearon el puerto de Buenos Aires entre 1825 y 1828. El sainete de Morante está fechado en 1827 y uno de sus temas principales es el bloqueo del puerto de

Buenos Aires, con los trastornos económicos que provocó a la población.

El manuscrito de este sainete se encuentra en el Archivo General de la Nación junto a otras varias piezas teatrales con las que comparte el mismo legajo. Todas estas corresponden a traducciones realizadas en su mayoría del francés y, en uno de los casos, del alemán. El sainete de Morante es el único escrito original y americano del conjunto. Es sabido que en Buenos Aires, luego del auge del teatro español (principalmente de Calderón y Lope), comenzaron a representarse piezas de autores franceses, entre ellos Molière, uno de los favoritos. Las traducciones halladas ponen en evidencia el gusto por lo francés: todas llevan el sello del Coliseo de Buenos Aires, lo que permite suponer que fueron montadas allí o que, al menos, se planeó representarlas. *Al que le venga el sayo que se lo ponga* es un fin de fiesta en un acto, que presenta múltiples referencias a la vida cotidiana y centra su fuerza satírica en las profesiones y nacionalidades que poblaban la ciudad de Buenos Aires en 1827. Blas Raúl Gallo afirma en *Historia del sainete nacional*: «Gracias al sainete, nuestro teatro incorporó tipos, costumbres, vestimentas, danzas, canciones y modismos que por entonces daban particular fisonomía a la naciente capital» [1970: 25]. El antecesor del sainete, según Gallo, fue el entremés, que abundó en épocas coloniales en Buenos Aires, pero siempre en piezas españolas. Poco a poco, el género dejó de ser un acto suplementario para adquirir autonomía. El auge del sainete en nuestro país cubrirá el período comprendido entre 1890 y 1930. Por ello el texto que publicamos constituye un antecedente de relevancia.

Al que le venga el sayo que se lo ponga fue escenificada, según puede suponerse, por el mismo Morante, que habría actuado en el papel del Médico, personaje que cierra la obra. Sin embargo, Morante había afirmado, con anterioridad a la presentación de esta pieza, que no actuaría en sainetes excepto que faltasen actores, lo que no parece compatible con el hecho de que haya escrito él mismo un sainete. La portada del manuscrito reza «arreglado por Luis Ambrosio Morante». En la época a la que nos referimos, las traducciones se arreglaban y adaptaban muy

libremente, no sólo en lo que respecta al lenguaje sino también al contenido y al contexto de representación. También era común la adaptación de obras españolas. Las piezas traducidas del legajo tienen la aclaración de que ésa es su condición, pero el sainete no la tiene. Podemos suponer entonces que Morante «arregla» un texto en lengua española.

El sainete transcurre en Buenos Aires, en casa de Alexandro, un holgazán jugador, que vive junto a su esposa y sus siete hijos. El espacio es una casa humilde, según la primera acotación: «Pieza desamueblada: sólo tiene una mesa vieja». A la casa empiezan a llegar distintos cobradores, todos personajes típicos del Buenos Aires de época: un changador, un zapatero, un casero, una lavandera, un barbero, un panadero y un médico. Cada uno de ellos viene a cobrarle a Alexandro su respectiva deuda. Cada uno de los visitantes es de nacionalidad distinta, sólo el Médico y una lavandera parecen ser nativos porteños. El barbero es portugués, el changador es africano, el zapatero es francés, el panadero es inglés y desconocemos la nacionalidad de la lavandera, que maneja el mismo dialecto que el protagonista. El origen se manifiesta en la forma de hablar de cada uno, muy cuidadosamente elaborada por el autor, lo que queda evidenciado en algunas de las correcciones del manuscrito, donde cambia «l» por «r» en el cerrado, casi incomprensible parlamento del changador africano.

Este personaje es de capital importancia en lo que respecta a la pieza como una de las primeras del género. Dice Gallo: «Cuando el sainete alcanzó su auge, entre 1905 y 1920, el negro, como constituyente étnico de la población, 'era tan sólo una sombra'. Y como sombra sufrida y estoica, había pasado durante trescientos años de historia rioplatense. (...) Nemesio Trejo, Soria, De María, Novión, Pacheco, mostraron con frecuencia en sus obritas payadores y guitarristas de color» [1970: 209-210]. En el sainete de Morante el negro es una figura importante en la creación del ambiente porteño, tanto como todas las demás que allí aparecen. Si bien no hay una jerarquía establecida entre los personajes que se hacen presentes en la pieza, el negro es el primer visitante de Alexandro y Anastasia, es el primer cobra-

dor, y expresa en parte de sus parlamentos su opinión sobre el trato que recibía: «¡Ah, lun branco/ besamo à un neglo qui tiene/ barba comu la Chibato». Se refiere, en este caso, al ruego de Alexandro para que le traiga comida del mercado. «¡Negrito mío!», dice Alexandro luego de haberlo mandado al mercado y haber intentado engañarlo sin escrúpulos.

Alexandro se burla de cada uno de sus visitantes, cada vez con más descaro, va enfrentando las acusaciones de falso traidor, mentiroso y engañador de distintas formas, inclusive escondiéndose detrás de su mujer, quien lo acusa de vago en el comienzo de la pieza, pero que luego debe ser cómplice para no perder su casa y sus pocos bienes.

Suelta, bribon, la guitarra....
 Ves la miseria en que estamos,
 llenos de hijos y de trampas;
 ¿y te pones tan temprano
 à cantar?

Anastasia es un personaje que funciona como «la moral» de Alexandro, pero que por cuestiones sociales y de interés debe plegarse a su accionar. Alexandro, en cambio, funciona como un tipo, no cambia ni evoluciona en su carácter, se va afirmando en la definición de sus características en una suerte de *crescendo*. En la escena primera leemos:

¿es poco el gustazo
 de que esten mis acrehedores
 en continuo sobresalto
 por mi salud, mientras yo
 duermo en mi cama estirado?

Y en la última:

Acrehedores del Demonio
 ¿què quereis demì, si à daros
 llegalo lo mejor que tengo [sus hijos]?

Este *crescendo* de ratificación de su carácter está destinado a producir suspenso y risa: la acumulación de promesas que hace el protagonista a sus acreedores para las doce del mediodía y la

culminación de la pieza con la particular paga que realiza, crean expectativa y sorpresa. El sentido final moralizante se objetiva en el cierre, siguiendo la línea del género en el que se inscribe, en boca del Médico:

Esta crítica va à ciegas:
habla con todos no hablando
con ninguno.- «Al que le venga,
señores, pongase el Sayo»

BIBLIOGRAFÍA

- GALLO, BLAS RAÚL (1970): *Historia del sainete nacional*, Buenos Aires, Buenos Aires Leyendo.
- HALPERÍN DONGHI, TULLIO (1985): *Historia contemporánea de América latina*, Buenos Aires, Alianza.
- KLEIN, TEODORO (1994): *Historia del actor en el Río de la Plata. De Casacuberta a los Podestá*, Buenos Aires, Asociación Argentina de Actores.

[Portada]

Al que le venga el sayo que se lo ponga¹

Teatro de Buenos Aires

**Fin de Fiesta, en un Acto;
arreglado por Luis Ambrosio Morante.**

Año de 1827.

[Página sin número]

Personajes

ALEXANDRO, esposo de Anastasia.
SIETE NIÑOS, <hijos de>
FRANCISCO, negro Changador.
MONSIEUR CUCULÈ, zapatero remendón.
DON LORENZO, casero.
MANUELA, Lavandera.
UN PORTUGUÉS, barbero.
MR. TROMPIS, Inglés, repartidor de Pan.
UN MÉDICO.

La escena se finge en Buenos Aires.
Año de 1827.

Pieza desamueblada: sólo tiene una mesa vieja.

¹ El manuscrito sólo presenta algunas correcciones. Los símbolos <> indican los fragmentos del texto que se encuentran tachados. Respetamos fielmente la ortografía y la redacción originales. Los paréntesis () encierran aquellas palabras o frases que resultan ilegibles en el manuscrito. Los subrayados corresponden al original. Transcribiremos las didascalias según las convenciones actuales, pero en el manuscrito figuran en una columna separada del verso que compone los parlamentos y con un paréntesis inicial que no tiene correspondiente al final de cada acotación.

[Página sin número]

Escena primera

ALEXANDRO, ANASTASIA

ANASTASIA. Suelta, bribón, la guitarra.
Ves la miseria en que estamos,
llenos de hijos y de trampas;
¿y te pones tan temprano
à cantar?

ALEXANDRO. Hago muy bien;
porque si contemplo el caso,
por estar triste y llorar
no me he de ver remediado
y, sobre todo, lo quiero
y lo requiero... ¡Canario!

ANASTASIA. Mira, estoy por encajarte
esta guitarra en los cascós.

ALEXANDRO. ¿Y tendrás valor de hacerlo?

ANASTASIA. Como tres y dos son cuatro:
Apúrame y lo verás.

ALEXANDRO. Solamente al intentarlo
te quedabas sin narices
como yo alzara una mano.
Soy capaz, cuando me irrito,
de atropellar a un Carancho,
cuanto mas a una Cotorra.

[Página 1]

ANASTASIA. ¿Y sabe el mi señor Guapo
que estamos de puras trampas
hasta los ojos cargados?

ALEXANDRO. ¿Y qué tienen de común
ellas conmigo? El cuidado
está en no hallar donde hacer
otras tantas este año.

ANASTASIA. ¡Buena salida!

ALEXANDRO. ¡Y tan buena!
Pues dime ¿es poco el gustazo
de que estén mis acreedores
en continuo sobresalto
por mi salud, mientras yo
duermo en mi cama estirado?

ANASTASIA: ¿Sabes que estamos de hijos

repletos?

ALEXANDRO: ¡Dios alabado,
pues me dio mujer Coneja
que à cada vez pare cuatro!

ANASTASIA. ¿Sabes que todos los muebles
se han vendido?

ALEXANDRO. Nos ahorramos
de pagar los Changadores
si <sucede nos> aconteciere mudarnos.

[Página 2]

ANASTASIA. ¿Y sabes que amaneció?

ALEXANDRO. Y que con las tripas me hallo
repletísimas de un viento
no muy puro, ni muy grato.

ANASTASIA. ¿Y sabiendo todo eso
pretendes, haraganazo,
tocar la guitarra?

ALEXANDRO. Sí;
porque mis penas espanto.

ANASTASIA. ¡Así te cayeras muerto!

ALEXANDRO. Tanto te quiero y te amo,
que pido a Dios en ti caiga
lo que me estás deseando;
y al Cementerio del Norte
vayas, lo menos veinte años
antes que yo.

ANASTASIA. ¡Que contigo
me casase!

ALEXANDRO. Descasarlo;
pues yo no sé de los dos
quién <cual> ha sido el engañado;
Y pues somos a cual peor
aguanta, y vamos callando.
Pero ya que tus preguntas
me dejan también un campo
a preguntarte... Responde...

[Página 3]

ANASTASIA. Pregunta.

ALEXANDRO. Será del caso
acordar, que por tu empeño
y tus méritos de antaño
tuve un empleo.

ANASTASIA. Del cual

te despidieron, notando
tu probidad.

ALEXANDRO. Que después,
por no aparecer un vago
sin ocupación, me puse
a ejercitar de los Dados
y la Baraja el difícil
arte liberal.

ANASTASIA. Y tanto
que, unas veces en camisa,
y muchas descamisados,
la pasábamos, según
el viento te iba soplando,
hasta que...

[Página 4]

ALEXANDRO. Quiso el Demonio,
o quisieron mis pecados
que con la maldita guerra
<todos los aficionados> muchos de los dedicados
a la Carpeta, en tropillas
fuesen a poblar los barcos
de la Escuadra.

ANASTASIA. Menos tú;
<gracias al Certificado
que te alcancé, en recompensa
de <mis méritos> valimientos pasados
con la persona que sabes.>²

ALEXANDRO. Y menos los que escaparon
del golpe, quizá porque usan
fraque, o le untaron la mano
al que los pudo prender:
lo cierto es que muy ufanos,
ellos y yo, cada día
por las calles nos paseamos
mientras que los Compadritos
por allá <se> están <fregando> compadreando.

² Nótese que el fragmento tachado responde a cuestiones de decoro: el autor decidió no hacer alusión en escena a los supuestos favores sexuales de Anastasia con los que consiguió que su marido no fuera a la guerra.

Mas vamos à lo que importa... [Página 5]
 Como está hoy todo tan caro,
 mujer, pues aun los Barberos
 el precio nos han doblado
 por la Rasura, <y no hay> ya no hay
 en los (Paritos), barato,
 ni coima, ni boch<aa>. Anoche
 nos cayó un aficionado
 a estirar la oreja: luego
 que pestañeó, tuvo gato,
 y su culebra, y su entierro:
 mas todo ello tan escaso,
 que de la parte de presa
 me tocó este colorado
de las Conchas, un Liberto,
 un Patricio, un <Reformado> Caroneado,
 y un Corazero...

ANASTASIA. ¡Qué nombres
 le vas ahora bautizando
 al papel moneda!

ALEXANDRO. Nombres
 técnicos, que le adecuamos
 los del Mamarán y Albur.
 Mira: este es el Colorado
de las Conchas: este negro
 es <el> Liberto: el <Reformado> Caroneado
 <es> este de a peso, en razón
 de la baja que notamos
 en su valor: el Patricio
 el (...) azul que estás mirando:
 y el Corazero, éste noto
 que tiene un papel pegado
 por el revés.

[Página 6]

ANASTASIA. A ver, hombre,
 dejame acá el <Reformado> Caroneado
 siquiera, tendremos hoy
 para entretener el gasto.

ALEXANDRO. No puede ser: cinco reales
 no pueden cubrir el campo
 de batalla, si hoy, por suerte,
 se presenta algún contrario.

Escena segunda

DICHOS, FRANCISCO

FRANCISCO. ¡El amu, mun buenun día!

Ya min voy a Merecaro.

ANASTASIA. Trae para comida y cena.

[Página 7]

ALEXANDRO. Y si encontrases barato
cuanto el Mercado contiene
no andes escaso en comprarlo.FRANCISCO. Dámi papiritu canta... (*Acción de que le den dinero.*)

ANASTASIA. ¿Yo? que te lo dé Alexandro.

ALEXANDRO. ¿Yo? Que telo dé Anastasia
que ella corre con el gasto.

ANASTASIA. Ni un décimo me acompaña.

ALEXANDRO. A mí menos: con que estamos
por la presente ocasión
libres de ladrones ambos.FRANCISCO. Pues ayuna su Micere:
Nara min dan nun yevandu
lum diñero; y otran vece
nin sin cuenta cum lleválo.

ALEXANDRO. Anda, y suple tú, Francisco.

FRANCISCO. ¡Uh! ¡Cariapemba! En cubrando
mesi y mèrio de ra cumpra
que mindebe.ALEXANDRO. Sí; en pillando
unos dineros que puse
a réditos en el Banco
de Mama-Carmen, tu plata
te la daré de contado.

[Página 8]

FRANCISCO. No convenga: Flaciquillo,
poble neglo conchavaro
tiene que <p> entregà joronal
y <no> sino Musingael amo.

ALEXANDRO. ¡Negrito!...

ANASTASIA. Tiene razón
en no traernos ni un bocado
de pan.ALEXANDRO. Calla, mala lengua.
¡Negrito mío! (*Lo abraza y besa*)

FRANCISCO. ¡Ah, lun branco

besamo à un neglo qui tiene
barba comu la Chibato!

ALEXANDRO. Mira que hoy estamos Águila.

FRANCISCO. ¡Como harisen!

ALEXANDRO. Y que estamos
con un hambre muy tremenda.

FRANCISCO. ¡Piá, piá! Cúmase <Unol> unonbrazu.

ALEXANDRO. ¡Piedad! Así el aguardiente
se te ponga tan barato
que de las veinticuatro horas
estés las veinte borracho.

[Página 9]

FRANCISCO. Amen. Ma si no mi paga,
marandita cosa traigu.

ALEXANDRO. Traelo; y a las doce en punto
ven por tu <dinero> plata.

FRANCISCO. ¿<E chasco>? ¿Engañamo?

ALEXANDRO. No.

FRANCISCO. Pue ya min và pur ello.
Diga, su micère, el amui
¿a lan doce?

ALEXANDRO. Sí, a las doce,
sin falta.

FRANCISCO. Min và volando.
¡Jisu! Qué gente tlamposa
ese dimoño din branco (*Vase.*)

Escena tercera

ALEXANDRO, ANASTASIA, CUCULÈ

ANASTASIA. ¿Para qué venir le mandas
si no has de poder pagarlo?

ALEXANDRO. Tú calla, y déjame a mí,
que yo sé lo que me hago.

CUCULÈ. Aquí tengo ustè compuestos
las dos pares di zapatos.

[Página 10]

ANASTASIA. Muy bien, Monsieur Cuculè.

CUCULÈ. Ustè pisa con cuidado,
porque el cuerro ya de vieco
no puede ser remendado.

ALEXANDRO. A bien que cuando se rompan
ya la moda habrá llegado

- de andar, como anduvo Adam,
desnudo, a pata, y descalzo.
- CUCULÈ. Cuatro pesos, cuatro reales
se me deben del trabajo
de estos medios suelas.
- ALEXANDRO. ¡Sopla!
¡Monsieur Cuculè! ¡Borracho
debéis estar!
- CUCULÈ. No, señor.
- ALEXANDRO. Antes, un par de zapatos
no valía ese dinero,
¿y un remiendo chapuceado
cuatro pesos, cuatro reales
vale ahora?
- CUCULÈ. Y es barrato [Página 11]
lo que yo pide. Contempla
ustè: a cada un cañonazo
de las Nueve de la noche
y de la mañana, alzado
tiene <tiene ya> un peso ya el Comercio
en los efectos.
- ANASTASIA. ¿Qué diablos
tiene que ver vuestro Oficio
con el comercio?
- CUCULÈ. Está claro
tiene que ver. La Cerrote,
las tenazas y los clavos
y la Pita, y el Martillo
¿no viengon de la otro lado
del mar? ¿Y si ustè los compra,
ahorra no cuestan mas caro?
Si ustè barrato me vende,
yo à ustè remienda barrato.
Perro, acustemos el cuenta
delo que tengo atrasado
y estos punterras, y venga
mon diñerro, pues le aguardo. [Página 12]
- ALEXANDRO. Vuelva mañana.
- CUCULÈ. Mañana
està la dia del Santo
de mi mujer, y me soy

- todo el día de fandango.
- ANASTASIA. Vuelva pasado.
- CUCULÈ. No quiero.
- ALEXANDRO. ¡Bendito el Dios que ha criado
un Francés tan fanfarrón³
para dar un desengaño!
- CUCULÈ. ¿No me dió ustè su parrola
que hoy me pacaría?
- ALEXANDRO. Es llano:
pero es rara la que cumplo
de cuantas hasta hoy he dado.
Vuelva à las doce, sin falta,
lo despacharé.
- CUCULÈ. ¡Cuidado,
que ostè está mucho tramposo,
y ya de esperrar me canso. (*Vase.*)

[Página 13]

Escena cuarta

ALEXANDRO, ANASTASIA, LORENZO

- ANASTASIA. ¿No te corres que te llamen
tramposo?
- ALEXANDRO. ¡Estás delirando!
Si me llaman lo que soy,
¿por qué he de formar agravio?
- ANASTASIA. Conmigo has de acabar.
- ALEXANDRO. ¡Toma!
Lo que yo siento, en tal caso,
es si ha de ser este mes
que no haya sido el pasado.
- LORENZO. Alabado sea Dios.
Señora ¿Usted dio el recado
que dejé ayer al señor?
- ANASTASIA. Sí, señor, ya se lo he dado
una y dos veces; mas él
se ha hecho sordo y no ha escuchado.

³ Queda en duda si es la palabra utilizada. En el manuscrito es difícil distinguir la «f» de la «s».

ALEXANDRO. Miente, que nada me ha dicho.

ANASTASIA. ¿No te lo dije, cenando?

ALEXANDRO. Mientes, que yo no acostumbro cenar.

ANASTASIA. Y me distes palos
porque lo repetí.

[Página 14]

ALEXANDRO. Solo
de eso hago memoria. Vamos,
señor don Lorenzo, en suma
¿qué vino a ser el recado?

LORENZO. Que hoy se cumplen siete meses
de alquiler, y no he cobrado
ni un décimo.

ALEXANDRO. Deme usted,
si acaso los tiene a mano,
los cinco meses restantes
y completaremos año.

LORENZO. Pague usted, no sea tramposo.

ALEXANDRO. ¿Por qué usted le ha levantado
a la casa doble precio
por el alquiler? <ahora> ¿Acaso
<¿no quiere usted que (...)>
tiene la culpa el bloqueo
de este robo?

LORENZO. ¡Hombre insensato!
¿La rebaja del papel
es algún moco de pavo
que se deba despreciar?
Deme usted lo estipulado
antes, en plata sonante,
y no hablar. De lo contrario,
usted me pagará <doble> triple,
me pagará de contado,
y se mudará en el día.

[Página 15]

ALEXANDRO. Como usted me busque cuarto
y me dé para mudarme;
de otra manera, no salgo
de aquí.

LORENZO. Sabréis por justicia,
por que ya estoy sofocado
de oídos.

ALEXANDRO. Y yo de veros.

ANASTASIA. Don Lorenzo, sosegaos,
que pagaremos la casa
lo más pronto que podamos.

LORENZO. Hoy ha de ser, o mudarse.

ALEXANDRO. Será: vuelva usted en dando
las doce, y se pagará.

LORENZO. Pues cuenta que me deis chasco;
que, como soy Don Lorenzo,
de mí tendréis que acordaros. (*Vase.*)

[Página 16]

Escena quinta

ANASTASIA, ALEXANDRO, MANUELA

ANASTASIA. (*Llorosa.*) ¡Que sufra yo estos bochornos
por ser mi marido un vago!

ALEXANDRO. Consuélate, que estas cosas
a mí me van engordando.

MANUELA. Aquí tiene usted la ropa,
señora; y hoy me ha mandado
mi madre no lleve más,
si el dinero que atrasado
hay acá no se me da.

ANASTASIA. ¿La camisa que ha faltado
me traes?

MANUELA. Se nos ha perdido.

ALEXANDRO. ¿Qué dices, mujer del diablo?
Y, sin que sea vanidad,
no tenía mas.

MANUELA. ¡Qué cuidado!
Págueseme, y despedirnos.

ANASTASIA. Más valiera, pico malo,
callaras, y lo trajeras.
un poco mejor lavado.

[Página 17]

MANUELA. No traerlo tanto en el cuerpo;
y además de eso, espingajos.

ALEXANDRO. Mientes, que es nueva mi ropa.

MANUELA. Espere usted, mientras saco
una camisola suya,
que en esta talega traigo.

Vean si tiene ventanas.

ALEXANDRO. Es mi ropa de verano,
y para que me entre el fresco
esas claraboyas gasto.

MANUELA. Págueme usted, y acabose.

ALEXANDRO. Como soy Don Alexandro,
eres la mejor muchacha
que hay en el barrio del Alto.

MANUELA. Págueme usted.

ANASTASIA. Más valdría
que no llevases tan caro
para lavar, y de ese modo
nadie quedara adeudando.

MANUELA. Quéjese usted del Bloqueo;
causa que los ladronazos
de los pulperos nos lleven
un real por cada pedazo
de jabón negro, y también
los aguateros malvados
por cada barril de agua
dos reales. <Vamo> Ea, volando,
mi dinero, o voy a dar
cuenta al Alcalde de barrio.

[Página 18]

ALEXANDRO. Ven a las doce, y verás
cómo al momento te pago.

MANUELA. Harto será que así sea:
volverè. (*Vase.*)

Escena sexta

ALEXANDRO, ANASTASIA, BARBERO

ANASTASIA. ¿Qué vas citando
a todos para las doce
si no tienes un venablo?

ALEXANDRO. Como se contenten ellos,
tu verás si puedo.

ANASTASIA. Entrando
va el Barbero.

ALEXANDRO. ¡Oh, fanfurriña!
Voy a ponerme agachado

- detrás de ti: le dirás
que a la otra banda he marchado. [Página 19]
- BARBERO. ¡A Deus, minha Senhora!
Seu Esposo dom Aleixãdro
esta em casa?
- ALEXANDRO. ¡Qué humor trae!
- ANASTASIA. No, señor, está en el campo.
- BARBERO. Pode ser isto verdade;
mais en não gasto abalarlo.
- ALEXANDRO. Di que lo trague, o reviente,
por fuerza.
- ANASTASIA. ¿Estáis enfadado?
- BARBERO. Un pouco: a compras ganas
de lhe tirar d'hun porraço
a cabeça.
- ALEXANDRO. ¡Portugués,
del demonio ! ¿Estás borracho ?
¿No miras que de ese modo
perdías el parroquiano,
pues no es útil a un Barbero
dos hombres descabezados?
- ANASTASIA. Maestro ¿qué le quiere usted?
- BARBERO. A dèvita. [Página 20]
- ALEXANDRO. Eso va largo,
que no pago hasta morirme
mis deudas ni mis pecados.
- BARBERO. Então, ¿está ò não en casa?
- ANASTASIA. No està.
- ALEXANDRO. (*Estornuda.*) ¡Achi!
- BARBERO. ¿Que tem soãdo?
- ALEXANDRO. Di: el perro de mi marido
que aquí cerca ha estornudado.
- ANASTASIA. No ha sido nada.
- BARBERO. Tem sido,
è quiero verlo ¡Arrediabo!
¿Què faz vossa Sinhoría?
- ALEXANDRO. Estoy un poco resfriado,
y al calor de mi mujer
me pongo algo mejorado.
- BARBERO. Vossa mecè è hum trapazeiro.

ALEXANDRO. Ya lo sé; y estoy prendado
de las honras y favores
que me hace.

BARBERO. Fhalemos claros. [Página 21]

Ainda por o que min deve
mil promessas me tem dado
è nenhuma tem cumprido:
por em vênho (...) embocetado
que agora propiu men pague,
ò sobre ò conto matarmos. (*Desenvaina la espada*)

ANASTASIA. ¿Qué va usted a hacer?

BARBERO. ¿Eu? Nada.
Com motissimo do garvo
pertendo deixãrla viuva
num instante.

ALEXANDRO. Eso no paso:
mas vale lo quede yo.

BARBERO. Sinhora, fagase a hum lado.

ALEXANDRO. Hombre, escuche usted razones.
Demuéstrese más cristiano
en la cuenta, y no me cargue
por cada ventosa cuatro
pesos; por cada sangría
dos; por la muela otros tantos;
ocho <por las> cada sanguijuela<s>,
sin contar el agregado
de, cada barba dos reales,
¿Entran las muelas, acaso,
y las barbas, y la sangre,
en el cálculo endiablado
de echar la culpa al bloqueo?

[Página 22]

BARBERO. Intra; sin, senhor.

ALEXANDRO. Pues vamos,
envaine usted, y a las doce
venga, y será despachado.

BARBERO. ¿Sin mintira?

ALEXANDRO. Sin mentira.

BARBERO. Então, sendo assim, embaynho.
Mais sim faltame à palavra
ponha sentido, cuidado. (*Vase.*)

Escena séptima

ALEXANDRO, ANASTASIA, PANADERO

- PANADERO. ¿Es pòsebli, señor mìo,
què una hombre dì tu tamaño
tengas v́lor de así engañas
à Mister Trómpis? ¡Carrambo!
- ANASTASIA. ¿No había puerta en que llamar
y no entrarse de porrazo? [Página 23]
- PANADERO. Cuando vengo á traer el pan,
mì entra mismo así, y no llamo.
- ALEXANDRO. Vamos, pronto, Mister Trómpis,
¿qué traes?
- PANADERO. ¿Mì què ti te traigo?
Que mì pagas tuanti <pesos> dólas
dì pan. Tu con mì quedando
que <paga mì> la Domingo mì págas.
- ALEXANDRO. Es por causa de que he estado
malo del pescuezo.
- PANADERO. Tú,
trámposa.
- ALEXANDRO. Vivas mil años.
- PANADERO. You, ¿cuando mì págas?
- ALEXANDRO. Luego.
Deja ahora el pan cotidiano,
y a las doce cobrarás.
- PANADERO. Tuanti dólas; agrègando
séven riales. (*Hecha pan*), <y Vase>
- ANASTASIA. ¿Tienes alma,
responde, Inglés ladronazo,
de vender un pan tan negro,
y tan chico, y tan mezclado
con harina de porotos, [Página 24]
de cebada, y cuanto diablo
podéis echarle? ¿No miras
que un veneno simulado
nos estáis dando a comer?
¿Quién os tiene autorizados,
panaderos, para esto?
- PANADERO. Il blóqueo. (*Vase.*)

Escena octava

ALEXANDRO, ANASTASIA, EL MÉDICO

- ANASTASIA. Y tú, Alexandro,
mira que se acerca la hora
que a todos has señalado,
y espero ver cómo cumples.
- ALEXANDRO. Eso déjalo a mi cargo,
que cumpliré, si Dios quiere,
como siempre he acostumbrado.
- MÉDICO. Adiós, señores.
- ALEXANDRO. ¡Señor
Doctor! No se os ha llamado
ahora para nadie.
- MÉDICO. Yo Página 25]
vengo ahora; determinado
a que me pague <la (...)> los veinte
pesos que me está adeudando
por diez visitas.
- ALEXANDRO. ¿Con que ahora
valen a precio doblado
las sentencias de Galeno?
¿Sin duda lo habrá causado
el Bloqueo?
- MÉDICO. ¿Quién lo duda?
La mantención del caballo...
el precio en los comestibles...
la pérdida que notamos
en el papel... Lo excesivo
de los géneros, calzado,
y demás... la multitud
que nos quita de las manos
el panquimagògo.
- ALEXANDRO. ¿Todo
deben ahora sufragarlo
los miserables enfermos
que os llaman?
- MÉDICO. Es muy del caso, [Página 26]
y es de justicia. Por ahora
pasen así mientras tanto
que se sanciona el proyecto

de que pague adelantados,
o afiance, doscientos pesos
cada enfermo.

ANASTASIA. ¡Dios sagrado!

¿Y si acaso no los tiene?

MÉDICO. Que se muera o llame al diablo...

Este es el único medio
de que no caigan petardos
como el vuestro, y... Señor mío,
mire usted que yo no aguardo
más: vengan los veinte pesos
que me tocan de honorario,
porque me hacen mucha falta,
y ya de venir me canso.

ALEXANDRO. ¿Y cómo está la Señora?

MÉDICO. Buena.

ALEXANDRO. ¿Y los niños?

MÉDICO. Tan guapos.

ALEXANDRO. ¿Hay muchos enfermos?

MÉDICO. Hay.

ALEXANDRO. ¿Y pagan bien?

[Página 27]

MÉDICO. ¡Con los diablos!
¡Qué preguntón está usted!
ya yo me voy sofocando;
pues con esas faramallas
usted me tiene engañado
días ha. Mayor tramposo
no hay en el país.

ANASTASIA. ¡Mal hablado!

¿Como así se trata a un hombre
que tiene Don?

ALEXANDRO. Y que ha estado
metido en el espionaje
de otros tiempos.

MÉDICO. Más despacio;
no hay que darme tantas voces,
porque si mi queja entablo
no ha de quedar en la casa
nada con polvo.

ALEXANDRO. Hablad bajo.

MÉDICO. Que no quiero: dadme pronto

- mis veinte pesos, o parto
a darle cuenta a un Alcalde.
- ALEXANDRO. No haga tal; pues yo me allano.
a que se venga a las doce, [Página 28]
y pagarle.
- MÉDICO. Vamos claros.
¿Será verdad?
- ALEXANDRO. ¿Qué soy yo,
tramposo?⁴
- MÉDICO. Si llevo chasco,
os he de sacar del cuerpo
los veinte pesos a palos. (*Vase.*)

Escena novena

ALEXANDRO, ANASTASIA, FRANCISCO

- ANASTASIA. Yo con esto me consumo.
- ALEXANDRO. Pues yo me pongo esponjado:
cuéntame, si esto me falta,
en dos días enterrado.
- FRANCISCO. Ya estamos aquí, que ya son
lan doce.
- ALEXANDRO. Te has engañado.
No han dado, aunque poco falta.
- FRANCISCO. Puen de essi modo, sentamos. (*Siéntase en el suelo.*)
Hata qui vengan diñeiro,
Flaciquiya, no salgamo
de esta casa.
- ANASTASIA. Di, jetón;
¿nada has traído del Mercado?
- FRANCISCO. Si me pagamo à lan doce [Página 29]
no hasi faltá.
- ALEXANDRO. ¡Animalazo!
¿Y a qué horas lo han de guisar?
- FRANCISCO. ¿Y a mi què cuindaro damo?
Si hay lan diñero, hay cumira.

⁴ Observando la ortografía de la época, la pregunta podría leerse de dos maneras: «¿Que soy yo tramposo?» (suponiendo que Alexandro ya supiera que eso iba a decirle el Médico) o «¿Qué soy yo, tramposo?» (por la cual nos inclinamos).

Si no hay diñero, ayunamo.

ALEXANDRO. ¡Maldito seas!

FRANCISCO. Amen.

ANASTASIA. Da el reloj.

FRANCISCO. Vamu cuntando...

Unan, dosi, tresi, cuatro,
cincu, seisi, siete, ocho,
nueven, diese, once (...), doce. Ya han dado
lan doce.

Escena décima

LOS ANTERIORES, LORENZO, CUCULÈ, MANUELA, BARBERO, PANADERO,
MÉDICO

LOS SEIS. Aquí estamos todos.

ALEXANDRO. Señal que ha cumplido el plazo
¡Cuándo acabará esta plaga
de Ladrones tolerados!

ANASTASIA. Hombre, sabe distinguir.

ALEXANDRO. Distingo: pero al que el sayo
le venga, que se lo ponga.-
¿Con que todos conjurados
venís contra mí?

[Página 30]

TODOS. Es muy cierto.

LORENZO. Yo por la deuda que alcanzo
de alquileres de la casa.

PANADERO. E mi del pan qui fiado
tengo, cobra tuenti dólas.

BARBERO. Eu das barbas è emprastus.

CUCULÈ. Muà de zapatós compongo.

FRANCISCO. Yo la cómpra è lo mandáro.

MANUELA. Y yo por la de la ropa.

MÉDICO. Por diez visitas reclamo
veinte pesos que me debe.

ALEXANDRO. Estoy de todo enterado:
y así, ya miran ustedes
que no hay en mi casa trastos,
ni dinero; y sólo es
lo mejor que en ella guardo
siete alhajas, con que quiero
liberalmente pagaros.

ANASTASIA. (*Aparte.*) ¿Qué intentará este haragán?

LOS SIETE. Hoy cobro.

BARBERO. Então pois, veiãmos
as alagas, persentadlas.

[Página 31]

ALEXANDRO. Venid al punto, muchachos.

Escena oncena

LOS PRECEDENTES, Y SIETE HIJOS

HIJOS. Padre ¿qué nos manda usted?
Pero allí hay pan ¡qué milagro!
Avánzale al pan, avanza. (*Embisten al pan.*)

ALEXANDRO. Los siete que estáis mirando
son las alhajas que he dicho:
cada cual vaya tomando
la suya, y Cristo con todos;
porque aquí no hay otro amparo.

FRANCISCO. ¡Ah, gran dimoño!

LOS SEIS. ¡Ah, tramposo!

ALEXANDRO. Ea, pocas voces dando:
cada cual cargue con uno,
o pierde lo que ha fiado.

ANASTASIA. Aquí no hay otro remedio;
con que, amigos, conformaos.

MÉDICO. Yo no pretendo esa paga:
por justicia he de cobrarlo,
ò has de marchar, gran bribón,
à la Escuadra por el Chasco.

ALEXANDRO. Quien de nosotros ir debe
aun no está determinado.
Acrehedores del Demonio
¿qué queréis de mí, si a daros
llego lo mejor que tengo?

[Página 32]

BARBERO. Embusteiro, não te fago
tayadas por não perderme:
è asim, tudos juntos vamos
à casa do Juiz da Paz
à que lhe embarguem os trastos.

ANASTASIA. Pues hay muchos.

ALEXANDRO. Solamente

los nueve que estáis mirando,
y aquella guitarra, y mesa.
LORENZO. ¿Qué se ha de esperar de un vago
jugador, que a ser ladrón
tan sólo le falta un paso?
MÉDICO. Esta crítica va a ciegas:
habla con todos no hablando
con ninguno. «Al que le venga,
señores, póngase el Sayo»

FIN